



PLANTA SEGUNDA Y PLANTA CUARTA

CAIXAFORUM, CAJA SIN SORPRESAS

Más me hubiera gustado llegar a CaixaForum sin haber conocido el proyecto. Es decir, sin saber que su idea principal consistía en mantener en vilo la vieja fábrica, rasgo ilusorio demasiado elemental; no tan malo como el de la Plaza de Castilla, desde luego, pero sí peligrosamente cercano al gastado chiste de las torres que se inclinan y no se caen. Llegar fue, pues, comprobar el resultado, cómo se corta el viejo muro por debajo: en forma pasable por la plaza, pues había allí una imposta, y en modo más desafortunado en los laterales, al verse obligados a escalar. Debajo del edificio, una plaza cubierta, consecuencia inevitable de lo hecho, redunda demasiado con la exterior, quedando como espacio inútil, acaso como porche para la lluvia. Se disimula con juegos de agua y techos afacetados y metálicos.

En cuanto al volumen, la nueva unidad proyectada con los viejos muros no se acaba de entender: su intención no se aprecia. Los planos de acero cortén prolongan los antiguos, con la vieja cornisa reconstruida de por medio -quitarla definitivamente hubiera sido un acierto- sin establecer con ellos ni contraste, ni analogía, ni ninguna intención eficaz con capacidad de animar algo más la importante contigüidad, clave del volumen externo. No parece pretenderse otra cosa que lograr una cierta neutralidad y buscar, quizá, que el muro de ladrillo comparta el protagonismo con el paramento nuevo. Pero como a aquél se le ha torturado hasta convertirlo en un precario residuo -véase, si no, la lacerada y conceptual independencia con respecto a él de la que hacen gala los escasos huecos abiertos en sus paños- el resultado no es bueno. No es tampoco rematadamente malo, desde luego, pero no es bueno; es algo corriente, sólo equivocadamente atractivo debido a su novedad y a su rareza, valores de los que sólo este último quizá permanezca. Resulta curioso, de otro lado, que el exterior reproduzca los académicos estratos de basamento, cuerpo principal y coronación.

El interior se anima con dos escaleras. Una que conduce a la primera planta, con un techo profusamente decorado con las instalaciones, y que provoca un buen acceso, quizá lo mejor.

Otra, la principal, que asciende aumentando según una forma tronco piramidal invertida, y que acaso sea preciso reconocer que tenga un cierto interés, ya que hay quien lo dice. Pero pasa un poco como con esos edificios menores de antes -un pequeño ayuntamiento, por ejemplo- en los que, no teniendo otra oportunidad formal que la escalera, el proyectista se veía obligado a echar el resto en ella.

Las salas son neutrales y opacas. La gran decepción llega arriba, en la cafetería y el restaurante, en los que las planchas de acero de la fachada, aunque agujereadas al aligerarse hacia lo alto para animar su textura -cuestión que parece interesar al máximo- no permiten sin embargo percibir la magnífica vista sobre el jardín botánico y el Este de Madrid, que sólo puede contemplarse si uno va a mirar muy cerca por alguno de los pequeños huecos. Este desprecio por un valor indiscutible, que nadie hubiera dudado en respetar, es una pésima decisión y califica al edificio con la etiqueta de un formalismo detestable, que lo explica en buena medida. La propiedad hubiera debido exigir una galería. Quizá la construya más adelante; al menos ése sería mi consejo.

En resumen, mucha, demasiada retórica, con escaso resultado. Mucha para un edificio tan pequeño, que parece una torturada *opera prima*, y que habría merecido una respuesta más elegante y más sensata, hecha con una mayor economía de gestos, y también más eficaces: con algún norte decidido. Lástima para el arte de la arquitectura, que recibe poco. No así para la ciudad en otros aspectos, pues es estupenda la existencia de la nueva y pequeña plaza abierta al paseo del Prado, y es magnífica la muy mejorada -que no nueva- institución.

Seguimos, pues, y a pesar de los pesares, de enhorabuena.

Antón Capitel